

hablaban en esto, que no eran cosas para los que ya tenían despreciado el mundo.

13. Con estas y otras muchas razones, yo me confundí harto, y determiné concertar lo que estaba comenzado de darles la capilla, y nunca me ha pesado, porque hemos visto claro el mal remedio que tuviéramos para comprar casa; porque con su ayuda compramos en la que ahora están, que es de las buenas de Toledo, que costó doce mil ducados, y como hay tantas misas y fiestas está muy á consuelo de las monjas, y hácele á los del pueblo. Si hubiera mirado á las opiniones vanas del mundo (á lo que podemos entender) era imposible tener tan buena comodidad, y haciase agravio á quien con tanta voluntad nos hizo esta caridad.

CAPÍTULO XVI.

En que se tratan algunas cosas sucedidas en este convento de San Josef de Toledo, para honra y gloria de Dios.

1. Hame parecido decir algunas cosas de lo que en servicio de Nuestro Señor algunas monjas se ejercitaban, para que las que vi-

nieren procuren siempre imitar estos buenos principios. Antes que se comprase la casa, entró aquí una monja llamada Ana de la Madre de Dios, de edad de cuarenta años, y toda su vida habia gastado en servir á su Majestad; y aunque en su trato y casa no le faltaba regalo, porque era sola, y tenia bien, quiso mas escoger la pobreza y sujecion de la orden, y así me vino á hablar. Tenia harto poca salud; mas como yo ví alma tan buena y determinada, parecióme buen principio para fundacion, y así la admití. Fue Dios servido de darla mucha mas salud en la aspereza y sujecion, que la que tenia con la libertad y regalo. Lo que me hizo devocion, y por lo que la pongo aquí, es, que antes que hiciese profesion, hizo donacion de todo lo que tenia (que era muy rica) y lo dió en limosna para la casa. A mí me pesó desto y no se lo queria consentir, diciéndole, que por ventura ó ella se arrepentiria, ó nosotras no la queríamos dar profesion, y que era recia cosa hacer aquello, puesto que cuando esto fuera, no la habíamos de dejar sin lo que nos daba, mas quise yo agravárselo mucho; lo uno, porque no fuese ocasion de alguna tentacion; lo

otro, por probar mas su espíritu. Ella me respondió que cuando eso fuese, lo pediría por amor de Dios, y nunca con ella pude acabar otra cosa. Vivió muy contenta y con mucha mas salud.

2. Era mucho lo que en este monasterio se ejercitaban en mortificacion y obediencia; de manera, que algun tiempo que estuve en él, en veces habia de mirar lo que hablaba la perlada, que aunque fuese con descuido ellas lo ponian luego por obra. Estaban una vez mirando una balsa de agua que habia en el huerto y dijo: *Mas que seria si dijese á una monja (que estaba allí junto) que se echase aquí.* No se lo hubo dicho, cuando ya la monja estaba dentro, que segun se paró fue menester vestirse de nuevo. Otra vez (estando yo presente) estábanse confesando, y la que esperaba á otra que estaba allá, llegó á hablar con la perlada, y díjole: *¿Que cómo hacia aquello? Si era buena manera de recogerse que metiese la cabeza en un pozo que estaba allí, y pensase allí sus pecados.* La otra entendió que se echase en el pozo, y fué con tanta priesa á hacerlo, que si no acudieran presto se echara pensando hacia á Dios el mayor servicio del

mundo; y otras cosas semejantes, y de gran mortificacion: tanto, que ha sido menester que las declaren las cosas en que han de obedecer algunas personas de letras, y irlas á la mano, porque hacian algunas bien recias, que si su intencion no las salvara, fuera desmerecer mas que merecer; y esto no es en solo este monasterio (sino que se me ofreció decirlo aquí) sino en todos hay tantas cosas, que quisiera yo no ser parte para decir algunas, para que se alabe á Nuestro Señor en sus siervas.

3. Acaeció (estando yo aquí) darle el mal de la muerte á una hermana: recibidos los Sacramentos y después de dada la Extremauncion, era tanta su alegría y contento, que así se le podia hablar, en como nos encomendase en el cielo á Dios y á los Santos que tenemos devocion, como si fuera á otra tierra. Poco antes que espirase, entré yo á estar allí, que me habia ido delante del santísimo Sacramento á suplicar al Señor la diese buena muerte; y así como entré, vi á su Majestad á su cabecera, en mitad de la cabecera de la cama, tenia algo abiertos los brazos como que la estaba amparando, y díjome:

Que tuviese por cierto, que á todas las monjas que muriesen en estos monasterios, que él las ampararia así, y que no hubiesen miedo de tentaciones á la hora de la muerte. Yo quedé harto consolada y recogida. Dende á un poquito lleguéla á hablar y díjome: ¡Ó madre, y qué grandes cosas tengo de ver! Así murió como un Ángel.

4. Y algunas que mueren después acá he advertido, que es con una quietud y sosiego como si las diesen un arrobamiento ó quietud de oracion, sin haber habido muestra de tentacion ninguna. Así espero en la bondad de Dios, que nos ha de hacer en esto merced, por los méritos de su Hijo y de la gloriosa Madre suya, cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mias, esforcémonos á ser verdaderas carmelitas, que presto se acabará la jornada: y si entendiésemos la afliccion que muchos tienen en aquel tiempo, y las sutilezas y engaños con que los tienta el demonio, terníamos en mucho esta merced.

5. Una cosa se me ofrece ahora, que os quiero decir, porque conocí á la persona, y aun era cási deudo de deudos míos. Era gran jugador y habia aprendido algunas letras,

que por estas le quiso el demonio comenzar á engañar con hacerle creer, que la enmienda á la hora de la muerte no valia nada. Tenia esto tan fijo, que en ninguna manera podian con él que se confesase, ni bastaba cosa, y estaba el pobre en extremo afligido y arrepentido de su mala vida; mas decia, que para qué se habia de confesar, que él veia que estaba condenado. Un fraile dominico, que era su confesor, y letrado, no hacia sino argüirle; mas el demonio le enseñaba tantas sutilezas, que no bastaba. Estuvo así algunos dias, que el confesor no sabia qué se hacer, y debiale de encomendar harto al Señor él, y otros, pues tuvo misericordia dél. Apretándole ya el mal mucho (que era dolor de costado) tornó allá el confesor, y debia de llevar pensadas mas cosas con que le argüir, y aprovechara poco, si el Señor no hubiera piedad dél para ablandarle el corazon; y como le comenzó á hablar, y á darle razones, sentóse sobre la cama, como si no tuviera mal, y díjole: *¿Qué en fin decís que me puede aprovechar mi confesion? Pues yo la quiero hacer;* y hizo llamar un escribano ó notario, que desto no me acuerdo, y hizo un juramento

muy solemne de no jugar mas y de enmen-
dar su vida, y que lo tomasen por testimo-
nio, y confesóse muy bien, y recibió los Sa-
cramentos con tal devocion, que á lo que se
puede entender, segun nuestra fe, se salvó.
Plega á Nuestro Señor, hermanas, que noso-
tras hagamos la vida como verdaderas hijas
de la Virgen, y guardemos nuestra profesion
para que Nuestro Señor nos haga la merced
que nos ha prometido. Amen.

CAPÍTULO XVII.

Que trata de la fundacion de los monasterios de Pastra-
na, así de frailes, como de monjas. Fue en el mesmo
año de 1569.

1. Pues habiendo (luego que se fundó la
casa de Toledo, desde á quince dias vispera
de Pascua de Espiritu Santo) de acomodar la
iglesia, y poner redes y cosas, que habia ha-
bido harto que hacer; porque (como he di-
cho) cási un año estuvimos en esta casa, y
cansada aquellos dias de andar con oficiales,
habíase acabado todo. Aquella mañana, sen-
tándonos en rectorio á comer, me dió tan
grande consuelo de ver que ya no tenia que

hacer, y que aquella Pascua podia gozarme
con Nuestro Señor algun rato, que cási no
podia comer, segun se sentia mi alma regala-
da. No merecí mucho este consuelo, porque
estando en esto me vienen á decir, que está
alli un criado de la princesa de Eboli, mujer
de Rui Gomez de Silva: yo fui allá, y era que
enviaba por mí, porque habia mucho que es-
taba tratado entre ella y mí de fundar un
monasterio en Pastrana; yo no pensé que fue-
ra tan presto. A mí me dió pena, porque tan
recien fundado el monasterio, y con contra-
diccion, era mucho peligro dejarle; y así
me determiné luego á no ir, y se lo dije: él
dijome que no se sufría, porque la princesa
estaba ya allá, y no iba á otra cosa, que era
hacerla afrenta. Con todo eso no me pasaba
por el pensamiento de ir, y así le dije que
se fuese á comer, y que yo escribiría á la
princesa, y se iría. Él era hombre muy hon-
rado, y aunque se le hacia de mal, como yo
le dije las razones que habia, pasaba por ello.

2. Las monjas, que para estar en el mo-
nasterio acababan de venir, en ninguna ma-
nera veian como se poder dejar tan presto
aquella casa. Fuíme delante del santísimo

Sacramento, para pedir al Señor que escribiese de suerte que no se enojase, porque nos estaba muy mal, á causa de comenzar entonces los frailes, y para todo era bueno tener el favor de Rui Gomez, que tanta cabida tenia con el rey y con todos, aunque desto no me acuerdo si se me acordaba, mas bien sé que no la queria disgustar. Estando en esto, fueme dicho de parte de Nuestro Señor: *Que no dejase de ir, que á mas iba que á aquella fundacion, y que llevase la regla y las constituciones.* Yo, como esto entendí, aunque veia grandes razones para no ir, no osé sino hacer lo que solia en semejantes cosas, que era regirme por el consejo de confesor: y así le envié á llamar, sin decirle lo que habia entendido en la oracion, porque con esto quedo mas satisfecha siempre, sino suplicando al Señor les dé luz, conforme á lo que naturalmente pueden conocer, y su Majestad, cuando quiere se haga una cosa, se lo pone en el corazon.

3. Esto me ha acaecido muchas veces: así fue en esto, que mirándolo todo, le pareció fuese, y con eso me determiné á ir. Salí de Toledo segundo dia de Pascua de Espiritu

Santo: era el camino por Madrid, y fuímonos á posar mis compañeras y yo á un monasterio de franciscas con una señora que le hizo, y estaba en él, llamada doña Leonor Mascareñas, aya que fue del rey, muy sierva de Nuestro Señor, á donde yo habia posado otras veces, por algunas ocasiones que se habia ofrecido pasar por allí, y siempre me habia mucha merced.

4. Esta señora me dijo, que se holgaba viniese á tal tiempo, porque estaba allí un ermitaño que me deseaba mucho conocer, y que le parecia que la vida que hacian él y sus compañeros conformaba mucho con nuestra regla. Yo, como tenia solos dos frailes, vínome al pensamiento, que si pudiese que este lo fuese, que seria gran cosa; y así la supliqué procurase que nos hablásemos. Él posaba en un aposento que esta señora le tenia dado con otro hermano mancebo, llamado Fr. Juan de la Miseria, gran siervo de Dios y muy simple en las cosas del mundo. Pues comunicándonos entrambos, me vino á decir que queria ir á Roma. Y antes que pase adelante, quiero decir lo que sé deste Padre, llamado Mariano de san Benito. Era de

nacion italiana, doctor, y de muy gran ingenio y habilidad. Estando con la reina de Polonia, que era el gobierno de toda su casa (nunca se habiendo inclinado á casar, sino tenia una encomienda de san Juan) llamóle Nuestro Señor á dejarlo todo para mejor procurar su salvacion. Después de haber pasado algunos trabajos, que le levantaron habia sido en una muerte de un hombre, y le tuvieron dos años en la cárcel, á donde no quiso letrado, ni que nadie volviese por él, sino Dios y su justicia, habiendo testigos que decian que él los habia llamado para que le matasen (cuási como á los viejos de santa Susana) acaeciò, que preguntando á cada uno á dónde estaba entonces: el uno dijo, que sentado sobre una cama: el otro dijo, que á una ventana: en fin, vinieron á confesar como lo levantaban, y él me certificaba que le habian costado hartos dineros librarlos, para que no los castigasen; y que el mesmo que le hacia la guerra habia venido á sus manos, que hiciese cierta informacion contra él, y que por el mesmo caso habia puesto cuanto habia podido por no le hacer daño.

5. Estas y otras virtudes (que es hombre

limpio y casto, enemigo de tratar con mujeres) debia de merecer con Nuestro Señor que le diese luz de lo que era el mundo, para procurar apartarse dél, y así comenzó á pensar en qué orden tomaria, é intentado las unas y las otras, en todas debia de hallar inconvenientes para su condicion, segun me dijo. Supo que cerca de Sevilla estaban juntos unos hermanos en un desierto, que llamaban el Tardon, teniendo un hombre muy santo por mayor, que llamaban el P. Mateo: tenia aparte cada uno su celda, sin decir oficio divino, sino un oratorio á donde se juntaban á misa, ni tenian renta, ni querian recibir limosna, ni la recibian, sino de la labor de sus manos se mantenian, y cada uno comia de por sí harto pobremente. Pareciome quando lo oí el retrato de nuestros Santos Padres. En esta manera de vivir estuvo ocho años. Como vino el santo concilio de Trento, y como mandaron reducir á las órdenes los ermitaños, él queria ir á Roma á pedir licencia para que los dejasen estar así, y este intento tenia quando yo le hablé. Pues como me dijo la manera de su vida, yo le mostré nuestra regla primitiva, y le dije que sin tanto

trabajo podia guardar todo aquello, pues era lo mesmo, en especial del vivir de la labor de sus manos, que era á lo que él mucho se inclinaba, diciéndome que estaba el mundo perdido de codicia, y que esto hacia el no tener en nada á los religiosos. Como yo estaba en lo mesmo, en esto presto nos concertamos, y aun en todo; que dándole yo razones de lo mucho que podia servir á Dios en este hábito, me dijo que pensaria en ello aquella noche. Ya yo le ví casi determinado, y entendí que lo que yo habia entendido en la oracion, que iba á mas que al monasterio de las monjas, era aquello. Dióme grandísimo contento, pareciendo se habia mucho de servir el Señor si él entraba en la órden. Su Majestad que lo queria, le movió de manera aquella noche, que otro dia me llamó ya muy determinado, y aun espantado de verse mudado tan presto, en especial por una mujer (que aun ahora algunas veces me lo dice) como si fuera eso la causa, sino el Señor, que puede mudar los corazones. Grandes son sus juicios, que habiendo andado tantos años sin saber á qué se determinar de estado (porque el que entonces tenia no lo era, que no hacian votos, ni

cosa que les obligase, sino estarse allí retirados) y que tan presto le moviese Dios, y le diese á entender lo mucho que le habia de servir en este estado, y que su Majestad le habia menester para llevar adelante lo que estaba comenzado, que ha ayudado mucho, y hasta ahora le cuesta muchos trabajos, y costará mas, hasta que se asiente, segun se puede entender de las contradicciones que ahora tiene esta primera regla: porque por su habilidad, ingenio y buena vida, tiene cabida con muchas personas que nos favorecen y amparan. Pues díjome como Rui Gomez en Pastrana (que es el mesmo lugar á donde yo iba) le habia dado una buena ermita y sitio para hacer allí asiento de ermitaños, y que él queria hacerla desta órden y tomar el hábito. Yo se lo agradecí, y alabé mucho á Nuestro Señor, porque de las dos licencias que habia enviado nuestro Padre General reverendísimo para dos monasterios, no estaba hecho mas del uno. Y desde allí hice mensajero á los dos Padres que quedan dichos, el que era provincial, y al que lo habia sido, pidiéndoles mucho me diesen licencia, porque no se podia hacer sin su consentimiento; y escribí

al obispo de Ávila, que era D. Alvaró de Mendoza, que nos favorecia mucho, para que lo acabase con ellos.

6. Fue Dios servido que lo tuvieron por bien. Parecerlesia, que en lugar tan apartado les podia hacer poco perjuicio. Dióme la palabra de ir allá en siendo venida la licencia; con esto fui en extremo contenta. Hallé allá á la princesa y al príncipe Rui Gomez, que me hicieron muy buen acogimiento: diéronnos un aposento apartado, á donde estuvimos mas de lo que yo pensé; porque la casa estaba tan chica, que la princesa la habia mandado derrocar mucho della y tornar á hacer de nuevo, aunque no las paredes, mas hartas cosas.

7. Estaria allí tres meses, á donde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenian á nuestra religion. Y así me determiné á venir de allí sin fundar, antes que hacerlo; mas el príncipe Rui Gomez con su cordura (que lo era mucho y llegado á la razon) hizo á su mujer que se allanase, y yo llevaba algunas cosas, porque tenia mas deseo de que se hiciese el monasterio de los frailes que el de las mon-

jas, por entender lo mucho que importaba, como después se ha visto. En este tiempo vino Mariano y su compañero, los ermitaños que quedan dichos, y traída la licencia, aquellos señores tuvieron por bien que se hiciese la ermita que le habian dado para ermitaños de frailes descalzos, enviando yo á llamar al P. Fr. Antonio de Jesús, que fue el primero que estaba en Mancera, para que comenzase á fundar el monasterio. Yo les adreché hábitos y capas, y hacia todo lo que podia para que ellos tomasen luego el hábito. En esta sazón habia yo enviado por mas monjas al monasterio de Medina del Campo, que no llevaba mas de dos conmigo, y estaba allí un padre ya de dias, que aunque no era muy viejo, no era muy mozo, mas era muy buen predicador, llamado Fr. Baltasar de Jesús, que como supo que se hacia aquel monasterio, vino con las monjas, con intento de tornarse descalzo; y así lo hizo cuando vino, que comó me lo dijo yo alabé á Dios. Él dió el hábito al P. Mariano y á su compañero, para legos entrambos, que tampoco el P. Mariano quiso ser de misa, sino entrar para ser el menor de todos, ni yo lo pude

acabar con él: después por mandado de nuestro reverendísimo Padre General se ordenó de misa.

8. Pues fundados entrambos monasterios y venido el P. Fr. Antonio de Jesús, comenzaron á entrar novicios tales cuales, adelante se dirá de algunos, y á servir á Nuestro Señor tan de veras, como (si él es servido) escribirá quien lo sepa mejor decir que yo, que en este caso cierto quedo corta. En lo que toca á las monjas, estuvo el monasterio allí dellas con mucha gracia de los señores, y con gran cuidado de la princesa en regalarlas y tratarlas bien, hasta que murió el príncipe Rui Gomez, que el demonio, ó por ventura por que el Señor lo permitió (su Majestad sabe por qué) que con la acelerada pasion de su muerte entró la princesa allí monja, que con la pena que tenia, no le podían caer en mucho gusto las cosas á que no estaba usada de encerramiento, y por el santo Concilio la priora no podia darle las libertades que queria, vino á disgustar con ella, y con todas de tal manera, que aun después que dejó el hábito estando ya en su casa le daban enojo, y las pobres monjas andaban con tal inquietud, que

yo procuré por cuantas vias pude, suplicándolo á los perlados que quitasen de allí el monasterio, fundándose uno en Segovia, como adelante se dirá, á donde se pasaron, dejando cuanto les habia dado la princesa, y llevando consigo algunas monjas que ella habia mandado tomar sin ninguna cosa. Las camas y cosillas que las mismas monjas habian traído llevaron consigo, dejando bien lastimados á los del lugar. Yo con el mayor contento del mundo en verlas en quietud, por que estaba muy bien informada que ellas ninguna culpa habian tenido en el disgusto de la princesa, antes lo que estuvo con hábito la servian, como antes que le tuviese: solo en lo que tengo dicho fue la ocasion, y la mesma pena que esta señora tenia, y una criada que llevó consigo, que á lo que se entiende, tuvo toda la culpa. En fin, el Señor que lo permitió debia de ver que no convenia allí aquel monasterio, que sus juicios son grandes y contra todos nuestros entendimientos: yo por solo el mio no me atreviera, sino por el parecer de personas de letras y santidad.